

—Es extraordinario.

Después alcanzó a su esposa al pie de la escalera. Ya estaba Marta acostada, y aun dormida, y Mouret seguía oyendo los leves ruidos que llegaban del piso superior. El cuarto del cura estaba precisamente encima del suyo. Oyó abrir dulcemente la ventana, lo cual le preocupó mucho. Levantó la cabeza de la almohada, luchando desesperadamente contra el sueño, y deseoso de saber cuánto tiempo estaría el cura asomado a la ventana. Pero el sueño fué más fuerte; Mouret roncaba antes de haber podido oír otra vez el sordo rechinar de la falleba.

Arriba, en la ventana, el Padre Faujas, con la cabeza desnuda, miraba la negra noche. Permaneció mucho tiempo allí, feliz al verse por fin solo, abstrayéndose con los pensamientos que le ponían tanta dureza en la frente. Bajo él, oía el sueño tranquilo de aquella casa en que estaba hacía unas horas, el puro aliento de los niños, el honesto hálito de Marta, la respiración gruesa y regular de Mouret. En su erguido cuello de luchador, se veía una especie de desprecio, cuando levantaba la cabeza para ver a lo lejos, hasta el fondo de la ciudad dormida. Los grandes árboles del jardín de la subprefectura, los perales del señor Rastoil, alargaban sus miembros flacos y retorcidos; más allá no se veía más que un mar de tinieblas, un caos del que no subía el menor ruido.

El Padre Faujas extendió los brazos con ademán de desafío irónico, como si quisiera coger a Plassans para ahogarlo en un apretón contra su robusto pecho. Y dijo a media voz:

—¡Y esos imbéciles que sonreían, esta tarde, al verme atravesar sus calles!

III

Al día siguiente pasó Mouret la mañana espionando a su nuevo inquilino. Este espionaje iba a llenar las vacías horas que pasaba en casa metiéndose en todo, arreglando las cosas en su sitio, buscando riñas a su mujer y a sus hijos. En adelante tendría un quehacer, una diversión que le sacaría de su vida de todos los días. No le gustaban los curas, como decía, y el primero que caía en su existencia le interesaba hasta un punto extraordinario. Aquel cura traía a su casa un don misterioso, un algo desconocido, casi inquietante. Aunque alardeaba de fortaleza de alma, aunque se declarase volteriano, frente al Padre sentía un asombro, un estremecimiento de burgués, en el que se transparentaba un punto de picante curiosidad.

Ni un ruido se oía en el piso superior. Mouret escuchó atentamente en la escalera, y se atrevió hasta a subir al granero. Al acortar el paso cuando cruzaba el corredor, un pisar de zapatillas que creyó oír detrás de la puerta le emocionó en grado sumo.

Sin haber podido sorprender nada claro, bajó al jardín y se paseó por la glorieta del fondo, procurando ver por las ventanas lo que pasaba en las habitaciones. Pero ni siquiera vió la sombra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LEE"
Aptdo. 3025 MONTERREY, MEXICO

del cura. Madame Faujas, que sin duda no tenía visillos, había colocado, entretanto, unas sábanas detrás de los vidrios.

En el almuerzo, Mouret pareció muy contrariado.

—¿Se habrán muerto ahí arriba?—dijo cortando pan para los niños.—¿No les has oído moverse, Marta?

—No; no he prestado atención.

Rosa gritó desde la cocina:

—Hace la mar de tiempo que no están; si no han parado de correr, lejos habrán ido.

Mouret llamó a la cocinera y la interrogó minuciosamente.

—Han salido, señor, primero la madre y después el cura. Andan tan suavemente, que no les hubiera visto, de no haber pasado sus sombras por el patio de la cocina, cuando han abierto la puerta. He mirado a la calle para ver, pero ya habían desaparecido.

—Es sorprendente... ¿Y dónde estaría yo?

—Creo que el señor estaba en el fondo del jardín, viendo las uvas de la glorieta.

Esto acabó de poner a Mouret de execrable humor. Se despotricó contra los curas; todos eran misteriosos, un montón de intrigantes a quienes no tenía el diablo por dónde coger; fingían una mogigatería ridícula, hasta el punto de que nadie había visto a ninguno lavarse. Acabó por arrepentirse de haber alquilado el cuarto a aquel cura que no conocía.

—También es culpa tuya—dijo a su mujer levantándose de la mesa.

Marta iba a protestar, a recordarle la discusión de la víspera; pero levantó los ojos, le miró y nada dijo. El, entretanto, no se atrevía a salir,

como solía. Iba y venía del comedor al jardín, husmeando, diciendo que todo andaba por medio, que la casa parecía entregada al saqueo; después se incomodó con Sergio y Octavio, que decían haberse marchado al colegio, media hora antes que de costumbre.

—¿Es que no sale papá?—preguntó Deseada al oído de su madre.—Nos va a fastidiar de lo lindo si se queda.

Marta la hizo callar. Mouret habló por fin de un negocio que debía ultimar aquel día. No tenía un momento suyo, no podía descansar ni un día en su casa cuando sentía la necesidad de hacerlo. Y se fué desconsolado por no quedarse allí, en acecho.

Por la noche, al volver, tenía verdadera fiebre de curiosidad.

—¿Y el cura?—preguntó, aun antes de quitarse el sombrero.

Marta trabajaba en su sitio de costumbre, en la terraza.

—¿El cura?—repitió con cierta sorpresa.—¡Ah, sí; el cura!... No le he visto; creo que se ha instalado. Rosa me ha dicho que han traído muebles.

—Esto es lo que yo temía—exclamó Mouret.—Yo hubiera querido estar aquí, porque, al fin y al cabo, los muebles son mi garantía... Ya sabía yo que tú no te moverías de tu silla. Eres una infeliz, hija mía... ¡Rosa, Rosa!

Y cuando se presentó la cocinera:

—¿Han traído muebles para los del segundo?

—Sí, señor, en un carretón. He conocido que es el carretón de Bergasse, el revendedor del mercado. No pesaban mucho, no... Madame Faujas seguía al hombre. Al subir la calle Balande, ella misma ha ayudado a tirar del carretón.

—¿Ha visto usted los muebles al menos? ¿Los ha contado?

—Sí, señor; me había puesto en la puerta. Todos han pasado por delante de mí, lo que me parece no ha hecho mucha gracia a madame Faujas. Espere usted... Primero han subido una cama de hierro, después una cómoda, dos mesas, cuatro sillas... Y nada más... Y no son nada buenos los muebles. Yo no daría por ellos treinta escudos.

—Debía usted haber avisado a la señora; no podemos alquilar el cuarto en esas condiciones...

Voy a tener una explicación con el Padre Bourrette.

Se incomodaba, e iba a salir, cuando Marta consiguió detenerle diciendo:

—Escucha, se me olvidaba... Han pagado seis meses por adelantado.

—¡Ah! ¿Han pagado?—balbuceó Mouret enfadado casi.

—Sí; ha sido la señora la que ha bajado y me ha dado esto.

Metió la mano en el costurero, y dió a su marido setenta y cinco francos en piezas de cien-sueños, envueltas cuidadosamente en un pedazo de periódico. Mouret contó el dinero, murmurando:

—Si pagan, son bien libres... A pesar de todo, es gente muy singular. Claro que no todo el mundo puede ser rico; pero cuando no se tiene un céntimo, no es razón para mostrarse sospechoso.

—Quería decirte también—repuso Marta al verle calmado,—que la señora me ha preguntado si estábamos dispuestos a cederle el catre; le he respondido que nada hacíamos con él y que podía tenerlo tanto tiempo como quisiera.

—Has hecho bien; hay que tenerlos contentos... A mí, ya te lo he dicho, lo que me contraría en esos diablitos de curas es que nunca se sabe qué piensan ni qué hacen. Aparte de esto, suele haber hombres muy honorables entre ellos.

El dinero parecía haberle consolado. Bromeó, atormentó a Sergio acerca del relato de las "Misiones de la China", que el muchacho estaba leyendo. Durante la comida, fingió no preocuparse ya más por los del segundo. Mas habiendo contado Octavio que había visto al Padre Faujas saliendo del Obispado, Mouret no pudo contenerse más. A los postres, volvió a la conversación de la víspera. Después sintió cierta vergüenza. Tenía talento bajo la capa de torpeza de comerciante retirado; sobre todo, tenía muy buen sentido y una rectitud de juicio que le hacía, generalmente, encontrar la frase justa en medio de los comadrazgos de la provincia.

—Después de todo—dijo al ir a acostarse,—no está bien que nos metamos en casa ajena... El Padre puede hacer lo que le plazca. Es enojoso hablar siempre de ellos; yo, ahora, me lavo las manos.

Pasaron ocho días. Mouret había vuelto a sus ocupaciones habituales; vagaba por la casa, discutía con sus hijos, pasaba las tardes fuera, ultimando negocios de que no hablaba nunca; comía y dormía como hombre para quien la existencia es una suave pendiente, sin sacudidas ni sorpresas de ninguna clase. La casa parecía muerta de nuevo. Marta estaba en su sitio de costumbre, en la terraza, delante del costurerito. Deseada jugaba a su lado. Los dos chicos traían a las mismas horas la misma turbulencia. Y Rosa, la cocinera, se incomodaba, gruñía a todo el mundo; y entretan-

to el jardín y el comedor conservaban su dormida paz.

—No es ganas de hablar—repetía Mouret a su mujer,—pero ya ves que te engañabas al creer que perturbaría nuestra existencia el alquilar el segundo. Ahora estamos más tranquilos que antes; la casa es más pequeña y feliz.

A veces alzaba la vista a las ventanas del segundo piso, que, al segundo día, había provisto madame Faujas de gruesas cortinas de algodón. Ni un pliegue de las cortinas se movía. Tenían aspecto de beatitud, uno de esos pudores de sacristía, rígidos y fríos. Detrás de ellas parecía espesar un silencio, una inmovilidad de claustro. De vez en cuando se entreabrían las ventanas, dejando ver, entre la blancura de las cortinas, la sombra de los altos techos. Pero fué inútil que Mouret acechara; nunca pudo ver la mano que cerraba y abría, ni siquiera oír el rechinar de la falleba. Ningún ruido humano bajaba de la habitación.

Al final de la primera semana, Mouret no había vuelto a ver al Padre Faujas. Aquel hombre que vivía a su lado, sin que ni siquiera pudiese ver su sombra, acababa por producirle una especie de inquietud nerviosa. A pesar de los esfuerzos que hacía por mostrarse indiferente, volvió a las preguntas, comenzó un sumario.

—¿Y tú no le ves?—preguntó a su mujer.

—Creí verle ayer, cuando entró, pero no estoy segura... Su madre va siempre de negro... tal vez fuera ella.

Y como su marido le hiciera más preguntas, le dijo todo lo que sabía.

—Rosa asegura que todos los días sale; está largo rato fuera... En cuanto a la madre, vive re-

glamentada como un reloj; baja por la mañana, a las siete, para la compra. Tiene un cesto grande, cerrado siempre, en el que debe de traerlo todo; carbón, pan, vino, alimentos, porque no se ve nunca llegar a su casa ningún proveedor. Son, por otra parte, muy corteses. Rosa dice que la saludan cuando la encuentran... Pero generalmente ni bajar la escalera se les oye.

—Deben de tener una cocina singularísima—refunfuñó Mouret, a quien nada decían tales informes.

Otra noche, al decir Octavio que había visto entrar al Padre Faujas en San Saturnino, le preguntó su padre qué aspecto tenía, cómo le miraban los transeuntes, qué iba a hacer en la iglesia.

—¡Ah! Es usted demasiado curioso—exclamó riendo el joven.—No estaba muy bonito al sol con su sotana roja; esto es lo que sé. He observado también que andaba a lo largo de las casas, por la sombra, en donde la sotana parecía más negra. No tiene aspecto altivo; baja la cabeza, anda deprisa... Al atravesar la plaza, dos muchachas se echaron a reír. El, levantando la cabeza, las miró con mucha dulzura. ¿Verdad, Sergio?

Sergio a su vez contó que varias veces, al volver del colegio, había acompañado de lejos al Padre Faujas, que regresaba de San Saturnino. Atravesaba las calles sin hablar a nadie; parecía no conocer a nadie y sentir cierta vergüenza por la sorda burla que sentía en torno de él.

—Pero ¿se habla de él en la ciudad?—preguntó Mouret, en el colmo del interés.

—A mí nadie me ha hablado del cura—respondió Octavio.

—Sí—repuso Sergio.—Se habla de él. El sobriño del Padre Bourrette me ha dicho que no

está muy bien visto en la iglesia; no les gustan esos curas que vienen de lejos... Además, tiene una facha tan desdichada... Cuando se hayan acostumbrado a él, le dejarán tranquilo, pobre hombre. En los primeros días hay que enterarse.

Entonces Marta encargó a los dos chicos que no respondieran si les preguntaban fuera de casa acerca del cura.

—Oh, ya pueden responder,—exclamó Mouret.—Lo que le comprometa no será de fijo lo que nosotros sabemos de él.

A partir de aquel momento, con la mejor buena fe del mundo y sin pensar mal, convirtió a sus hijos en espías de lo que hacía el cura. Octavio y Sergio tuvieron que repetirle cuanto se decía por la ciudad, y recibieron también orden de seguir al Padre cuando lo encontrasen. Pero este manantial de informes pronto se agotó. El apagado rumor ocasionado por la llegada de un vicario extraño a la diócesis, se había calmado. La ciudad parecía haber concedido gracia "al pobre hombre", a aquella sotana raída que se deslizaba en la sombra de las callejas; la ciudad no conservaba hacia él más que un gran desdén. Por otra parte, el cura se iba directamente a la catedral, y al volver pasaba siempre por las mismas calles.

En casa, quiso Mouret utilizar a Deseada, que no salía nunca. Por la noche se la llevaba al fondo del jardín, escuchándola charlar sobre lo que había hecho, sobre lo que había visto durante el día; y procuraba inducirla a hablar de los del segundo.

—Escucha—le dijo un día.—Mañana, cuando esté la ventana abierta, tiras la pelota al cuarto y subes a pedirla.

Al siguiente día, Deseada tiró la pelota; pero

no estaba aún en la escalinata, cuando la pelota, devuelta por una mano invisible, fué a botar sobre la terraza. Mouret, que había contado con la gentileza de su hija para reanudar unas relaciones rotas desde el primer día, desesperó entonces de conseguirlo; evidentemente, se estrellaba contra la firme voluntad del cura de permanecer en su casa con barricadas. Esta lucha no hacía sino tornar más ardiente la curiosidad. Llegó a comadrear en los rincones con la cocinera, con vivo disgusto de Marta, que le dirigió reproches por su falta de dignidad; pero Mouret se enfadó, mintió. Como comprendía que hacía mal, no habló ya de los Faujas más que con Rosa, a escondidas.

Una mañana, Rosa le hizo seña de que la siguiera a la cocina.

—Señor—le dijo cerrando la puerta.—Hace más de una hora que estoy al acecho esperando que baje usted de su alcoba.

—¿Has averiguado algo acaso?

—Va a usted a ver... Ayer noche estuve hablando más de una hora con madame Faujas.

Mouret sintió un estremecimiento de alegría. Sentóse en una desfondada silla de la cocina, entre los trapos y desperdicios de la víspera.

—Cuenta pronto, cuenta pronto—dijo a media voz.

—Pues—repuso la cocinera,—estaba yo en la puerta de la calle dando las buenas noches a la criada del señor Rastoil, cuando bajó madame Faujas para vaciar un cubo de agua sucia en la alcantarilla. En lugar de subir en seguida sin volver la cabeza, como hace generalmente, se quedó allí un momento mirándome. Entonces creí comprender que quería hablar; yo le dije que había hecho buen día, que el vino sería bueno... Ella

respondía "sí, sí", sin apresurarse, con la voz indiferente de una mujer que no tiene tierras y a quien no interesan esas cosas. Pero había dejado el cubo en el suelo y no se iba; hasta se había apoyado en la pared, al lado mío...

—En fin, ¿qué es lo que te dijo?—preguntó Mouret a quien torturaba la impaciencia.

—Ya comprenderá usted que no fui tan tonta que le hiciera preguntas; se habría escamado... Como quien no hace la cosa, la puse en autos de lo que puede interesarla. Como ví pasar al cura de San Saturnino, a ese buen señor Compan, le dije que estaba muy enfermo, que no duraría mucho, y que costaría reemplazarle en la catedral. Ella era todo oídos, se lo aseguro a usted. Hasta me preguntó qué enfermedad tenía el señor Compan. Luego, de una cosa a otra, le hablé de nuestro obispo. Es un excelente señor monseñor Rousselot. La vieja ignoraba su edad. Le dije que tiene sesenta años, que también está delicado, y que se hace de él lo que se quiere. Bastante que se habla del señor Fenil, el gran Vicario, que hace cuanto se le antoja en el obispado. La vieja estaba cogida; habría estado allí, en la calle, hasta mañana por la mañana.

Mouret hizo un gesto de desesperación.

—En todo eso—exclamó,—veo que hablabas tú sola... Pero ella, ¿qué te dijo ella?

—Espere usted, déjeme usted concluir—continuó Rosa tranquilamente.—Ahora llegamos... Para invitarle a espontanearse, acabé por hablarle de nosotros. Le dije que usted era el señor Francisco Mouret, antiguo negociante de Marsella; que en quince años supo usted ganar una fortuna en el comercio de vinos, aceites y almendras. Añadí que había preferido usted comersé sus rentas en

Plassans, ciudad tranquila en que viven parientes de su esposa. Encontré también medio de decirle que la señora era prima de usted; que tenía usted cuarenta años y ella treinta y siete; que se llevaban ustedes muy bien; que, por otra parte, no se les veía a ustedes mucho en la carrera Sauvaire. En fin, toda su historia... Parecía interesarse mucho. Respondía siempre "sí, sí", sin apresurarse. Cuando me paraba yo, hacía ella una seña con la cabeza para decirme que me oía, que podía continuar... Y hasta la caída de la noche charlamos así, como buenas amigas, apoyadas en la pared.

Mouret se había levantado, lleno de cólera.

—¡Cómo—exclamó.—¿Nada más? ¡La hizo a usted charlar más de una hora y no le dijo nada!

—Me dijo, cuando se hizo de noche: "El aire se pone fresco". Cogió el cubo y volvió a subir...

—¡Es usted una estúpida! Esa vieja se burlaría de diez como usted. ¡No se reirán poco ahora que saben de nosotros todo lo que querían saber!... ¿Oye usted, Rosa? ¡Es usted una estúpida!

La vieja cocinera no era paciente; se puso a andar con violencia, rechazando las sartenes y las cacerolas, arrollando y tirando los trapos.

—Señor, oiga usted—tartamudeaba.—Si ha entrado usted en la cocina para decirme palabras como esas, no valía la pena. Puede usted marcharse... Lo que yo hice era únicamente para contarle a usted. Si la señora nos encontrara aquí juntos, me reñiría y tendría razón, porque no está bien. Después de todo, yo no podía sacarle las palabras del cuerpo a esa señora. Hice lo que todo el mundo hace. Hablé de las cosas de ustedes. Peor para usted si ella no me contó las de ellos. Vaya usted a preguntárselas, si tanto le interesan. Quizá no será usted tan tonto como yo, señor.

Había levantado la voz. Mouret creyó prudente escaparse, cerrando la puerta de la cocina para que no le oyese su mujer. Pero Rosa volvió a abrir la puerta detrás de él, gritándole, en el vestíbulo:

—¿Oye usted? Yo no me meto en nada; encargue usted a quien quiera esas cosas tan feas.

Mouret estaba derrotado. Conservó alguna acrimonia de su derrota. Por rencor, se complacía en decir que los del segundo eran muy insignificantes. Poco a poco, divulgó entre sus conocidos una opinión que llegó a ser la de toda la ciudad. El Padre Faujas fué mirado como un cura sin medios, sin ambición alguna, ajeno por completo a las intrigas de la diócesis; se le creyó avergonzado de su pobreza, aceptando los trabajos más pesados de la catedral, borrándose lo más posible en la sombra en que parecía complacerse. Una sola curiosidad quedaba, la de saber por qué había ido de Besançon a Plassans. Circularon delicadas historias. Pero las suposiciones parecieron arriesgadas. El mismo Mouret, que había espiado a sus inquilinos por ocio, por pasar el rato, únicamente como hubiera jugado a los naipes o a los bolos, empezaba a olvidar que tenía su casa alquilada a un cura, cuando un acontecimiento vino de nuevo a ocupar su vida.

Una tarde, al volver a casa, vió delante de él al Padre Faujas, que subía por la calle Balande. Acortó el paso y le examinó a gusto. Desde que el cura vivía en su casa, hacía ya un mes, era la primera vez, que Mouret le pillaba en pleno día. El cura llevaba todavía la sotana vieja; andaba lentamente, con el sombrero en la mano y la cabeza desnuda, a pesar del viento, que era muy vivo. La calle, cuya cuesta es muy pendiente, esta-

ba desierta, con sus grandes casas desnudas, de persianas cerradas. Mouret, que apresuraba el paso, acabó por andar de puntillas, por miedo a que el cura le oyera y huyese. Pero al acercarse los dos a casa del señor Rastoil, un grupo de gente que desembocaba por la plaza de la Subprefectura, entró en aquella casa. El Padre Faujas había dado un pequeño rodeo para esquivar a aquellos señores. Miró cerrarse la puerta. Después, deteniéndose bruscamente, se volvió hacia su propietario, que llegaba ya a él.

—¡Cuánto celebro encontrarle así!—dijo con su gran cortesía.—Esta noche me habría permitido molestarle... El día de la última lluvia, se formaron en el techo de mi cuarto, unas infiltraciones que deseo enseñar a usted.

Mouret estaba como clavado ante él. balbuceando, diciendo que estaba a su disposición. Y cuando entraban juntos, acabó por preguntar al cura a qué hora podría presentarse para ver el techo.

—Ahora mismo, se lo ruego—respondió el cura,—a no ser que sea para usted demasiada molestia...

Mouret subió detrás de él, sofocado, en tanto que Rosa, en el umbral de la cocina, les seguía con los ojos peldaño por peldaño, estupefacta de asombro.

UNIVERSIDAD DE MONTERRÉY
BIBLIOTECA DE MONTERRÉY
"AL FONDO AL 155"
Año. 1925 MONTERRÉY, MEXICO

IV

Llegado al segundo piso, estaba Mouret más emocionado que un colegial que va a entrar por vez primera en la alcoba de una mujer. La inesperada satisfacción de un deseo largo tiempo contenido, la esperanza de ver cosas completamente extraordinarias, le cortaban la respiración. Entretanto el Padre Faujas, ocultando la llave entre sus gruesos dedos, la había introducido en la cerradura sin que se oyera el ruido del hierro. La puerta giró como sobre goznes de terciopelo. El cura, retrocedió, invitó silenciosamente a entrar a Mouret.

Las cortinas de algodón colgadas en las dos ventanas eran tan espesas, que la habitación tenía una palidez gredosa, una media luz de celda tapiada. Aquel cuarto era inmenso, alto de techo, con papel desteñido y limpio, de amarillo borroso. Mouret se aventuró a entrar, andando a pasitos sobre el suelo limpio como un espejo, cuyo frío le parecía sentir bajo las suelas de sus botas. Solapadamente volvió los ojos, y examinó el lecho de hierro, sin cortinas, con sábanas tan estiradas que se le hubiera creído un banco de piedra blanca colocado en un rincón. La cómoda, perdida en el otro extremo de la estancia y una

mesita en medio, con dos sillas, una delante de cada ventana, completaban el mobiliario. Ni un papel sobre la mesa, ni un objeto en la cómoda, ni una prenda de ropa en las paredes; la madera desnuda, el mármol desnudo, la pared desnuda. Encima de la cómoda, un gran crucifijo de madera negra era lo único que con una cruz obscura interrumpía aquella desnudez gris.

—Venga usted por aquí, señor—dijo el cura. —En este rincón es donde está la mancha del techo.

Pero Mouret no se apresuraba; gozaba. Aun no viendo las cosas singulares que vagamente se había prometido ver, la habitación tenía para él un olor particular. Olía a cura—pensaba,—olía a un hombre hecho de modo distinto de los otros, que apaga la luz para cambiar de camisa, que no deja por medio ni los calzoncillos ni las navajas de afeitar. Lo que le contrariaba era el no ver olvidado sobre los muebles ni en los rincones nada que pudiera darle tela para hipótesis. La pieza era como aquel demonio de hombre, muda, fría, cortés, impenetrable. La viva sorpresa de Mouret fué el no sentir en ella, como esperaba, una impresión de miseria; por el contrario, le producía un efecto que había sentido en otro tiempo, un día que había entrado en el salón, suntuosamente amueblado, de un prefecto de Marsella. El crucifijo parecía llenar la estancia con sus negros brazos.

No obstante, fué preciso que se decidiera a acercarse a la grieta que le decía el Padre Faujas.

—¿Ve usted la mancha, verdad?—dijo éste.—Desde ayer se ha borrado un poco.

Mouret se empinaba, entornaba los ojos, sin ver nada. Cuando el cura descorrió las cortinas, acabó por ver un ligero tinte de humedad.

—No es gran cosa—murmuró.

—Claro que no; pero he creído que debía avisar a usted... La infiltración ha debido de ocurrir en el borde del tejado.

—Sí, tiene usted razón; en el borde del tejado.

Mouret no respondía; miraba la habitación iluminada por la cruda luz del pleno día. Era menos solemne, pero conservaba su silencio absoluto. Decididamente, ni un grano de polvo contaba en ella la vida del cura.

—Además—continuaba este último,—quizá podríamos ver por la ventana... Espere usted.

Y abrió la ventana. Pero Mouret exclamó que no quería molestarle más, que era una bagatela y que los obreros darían con la gotera.

—No incomoda usted en lo más mínimo, se lo aseguro—dijo el cura insistiendo con amabilidad.—Sé que a los propietarios les gusta hacerse cargo... Le ruego que lo examine todo detalladamente... Esta casa es de usted.

Y hasta sonrió al pronunciar esta frase, cosa poco frecuente en él; después, cuando Mouret se inclinó con él sobre la baranda levantando ambos la vista hacia la gotera, entró el cura en explicaciones de arquitecto, diciendo cómo podía haber ocurrido la infiltración.

—Creo que será un ligero hundimiento de las tejas, y quizá alguna rota; a no ser que sea la grieta que se ve allí, a lo largo de la cornisa, prolongándose en la pared de sostén.

—¡Oh! Es muy posible—respondió Mouret.—Le confieso, señor cura, que yo no entiendo una palabra. Ya lo verá el albañil.

Entonces el cura no habló más de reparaciones. Permaneció allí tranquilamente, mirando hacia abajo, a los jardines. Mouret, de codos a su lado,

no se atrevió a retirarse por cortesía. Y se sintió del todo conquistado cuando su inquilino le dijo con su voz dulce, al fin de una pausa:

—Tiene usted un jardín muy bonito, caballero.

—¡Oh! Muy vulgar—respondió.— Había algunos árboles buenos, que tuve que mandar cortar, porque a su sombra nada crecía. ¿Qué quiere usted? Hay que pensar en lo útil. Este rincón nos basta; tenemos legumbres para toda la temporada.

El cura se asombró y pidió detalles. El jardín era uno de esos viejos jardines de provincia, rodeados de glorietas, divididos en cuatro cuadros regulares por medio de grandes bojés. En el centro había una pequeña fuente sin agua. Sólo un cuadro estaba reservado a las flores. En los otros tres, plantados de árboles frutales en las esquinas, crecían coles magníficas, lechugas soberbias. Las calles, enarenadas, estaban conservadas caseramente.

—Es un paraíso en pequeño—repetía el Padre Faujas.

—Tiene muchos inconvenientes, muchos—dijo Mouret abogando contra la viva satisfacción que sentía al oír hablar tan bien de su finca.—Por ejemplo, ha debido usted de observar que aquí estamos en declive. Los jardines están a nivel distinto. El del señor Rastoil está más bajo que el mío, que a su vez está más bajo que el de la Subprefectura. A menudo las aguas de lluvia hacen deterioros. Además, lo que es aún menos agradable; los de la Subprefectura ven mi casa, y más aún desde que edificaron esa galería que domina mi pared. Es verdad que yo veo la del señor Rastoil, lo cual es una pobre indemnización, se

lo aseguro, porque nunca me preocupa lo que hacen los demás.

El cura parecía escuchar por complacencia, moviendo la cabeza y sin dirigir ninguna pregunta. Con los ojos seguía las explicaciones que su casero le daba con la mano.

—Y hay otro fastidio—continuó Mouret señalando una callejuela a lo largo del fondo del jardín.—¿Ve usted ese caminillo entre dos paredes? Es el callejón de las Chevillottes, que va a parar a una puerta cochera de los terrenos de la Subprefectura. Todas las fincas vecinas tienen una puertecilla falsa al callejón, y sin cesar se ven idas y venidas misteriosas... Yo, como tengo niños, hice condenar la puerta mía con dos buenos clavos.

Guiñó los ojos mirando al cura, esperando tal vez que éste le preguntara cuáles eran aquellas idas y venidas misteriosas. Pero el Padre no chistó; examinó el callejón de las Chevillottes, y sin más curiosidad volvió apaciblemente la vista al jardín de los Mouret. Abajo, en el borde de la terraza, en su sitio de costumbre, Marta dobladillaba servilletas. Al pronto había levantado bruscamente la cabeza al oír las voces; después, asombrada de ver a su marido en compañía del cura en una ventana del segundo piso, se había puesto de nuevo a trabajar. Parecía no saber ya que estaban allí. Sin embargo, Mouret había alzado la voz, por una especie de fanfarronería inconsciente, dichoso por poder mostrar que al fin acababa de penetrar en aquel piso obstinadamente cerrado. Y el cura a ratos posaba tranquilamente los ojos en Marta, en aquella mujer de la que sólo veía la inclinada nuca, con la masa negra del moño.

Hubo una pausa. El Padre Faujas no parecía

BIBLIOTECA DE LA
"ALFONSO B. YER"
Apdo. 3225 MONTERREY, MEXICO

aún dispuesto a abandonar la ventana. Ahora se creía que estudiaba los arriates del vecino. El jardín del señor Rastoil estaba dispuesto a la inglesa, con pequeñas callejuelas, con diminutos cuadrados de césped, cortados por pequeños macizos de flores. En el fondo, había una rotonda de árboles, en la que se veía una mesa y algunas sillas rústicas.

—El señor Rastoil es muy rico—prosiguió Mouret, que había seguido la dirección de la mirada del cura.—Le cuesta el jardín un sentido; la cascada que no ve usted, allá detrás de los árboles, le sube a más de trescientos francos. Y no tiene ni una legumbre; flores tan sólo. Hasta las señoras hablaron una vez de hacer cortar los árboles frutales; hubiera sido un crimen, porque los perales son soberbios. ¡Bah! Hace bien en arreglar el jardín como quiere. Teniendo posibles...

Y como el padre siguiera callado:

—Ya conocerá usted al señor Rastoil, ¿verdad? —continuó Mouret volviéndose hacia él.—Todas las mañanas se pasea bajo los árboles, de ocho a nueve. Un hombre gordo, algo bajo, calvo, sin barba, con la cabeza redonda como una bola. A primeros de Agosto cumplió sesenta, según creo. Hace cerca de veinte años que es presidente de nuestro tribunal civil. Dicen que es buen hombre. Yo no le trato. Buenos días, buenas noches, y nada más.

Se detuvo, al ver varias personas que bajaban la escalinata de la casa vecina, y se dirigían a la rotonda.

—¡Ah!—dijo bajando la voz.—Hoy es martes... Hay comida en casa del señor Rastoil.

El cura no había podido contener un leve movimiento. Se había inclinado para ver mejor. Dos

curas, que pasaban al lado de dos muchachas, parecían interesarle particularmente.

—¿Sabe usted quiénes son esos señores?—preguntó Mouret.

Y al ver un gesto ambiguo de Faujas:

—Atravesaban la calle Balande cuando nos hemos encontrado... El alto, el joven, el que está entre las dos señoritas Rastoil, es el Padre Surin, el secretario del Obispo. Un joven muy amable, dicen. En verano le veo jugar al volante con las niñas... El viejo, que ve usted un poco atrás, es uno de nuestros grandes vicarios, el Padre Fénil. Es el que dirige el Seminario. Un hombre terrible, plano y puntiagudo como un sable. Siento que no se vuelva para que viera usted sus ojos... Es sorprendente que no conozca usted a esos señores.

—Salgo poco—respondió el cura.—No trato a nadie en la ciudad.

—Pues hace usted mal. Debe usted de aburrirse mucho... ¡Oh! señor cura, hay que hacerle a usted justicia; no es usted curioso. ¡Cómo! ¡Hace un mes que está usted aquí, y no sabe que el señor Rastoil da comidas todos los sábados! Si desde esta ventana todo se ve...

Mouret soltó una risita. Se burlaba del cura. Después, con acento confidencial:

—¿Ve usted aquel viejo alto que acompaña a madame Rastoil? Sí, el flaco, el del sombrero de alas anchas. Es el señor de Baurdeu, el antiguo prefecto del Drôme, que quedó cesante cuando la revolución de 1848. Apuesto a que tampoco le conoce usted... ¿Y al señor Maffré, el juez de paz? Ese señor tan blanco, de ojos saltones, que va el último con el señor Rastoil... En eso no tiene usted perdón. Es canónigo honorario de San Saturnino... Aquí para entre nosotros, le acusan

de haber matado a su mujer por su dureza y avaricia.

Se detuvo, miró al cura de frente y le dijo con brusquedad chocarrera:

—Perdóneme, señor cura, pero yo no soy devoto.

El Padre hizo de nuevo un vago ademán, aquel ademán que respondía a todo dispensándole de explicarse más claro.

—No, no soy devoto — repitió burlonamente Mouret.—Hay que dejar libre a cada cual, ¿verdad? En casa de los Rastoil practican. Debe usted de haber visto a la madre y a las hijas en San Saturnino. Son feligreses de usted... ¡Pobres señoritas! La mayor, Angelina, tiene veintiséis años larguitos; la otra, Aurelia, va a cumplir veinticuatro. Y feitas las pobres; amarillas, de aspecto hurraño... Lo peor es que hay que casar a la mayor primero... Y acabarán por encontrar marido, gracias al dote... En cuanto a la madre, esa señora regordeta que anda con suavidad de carnero, buenas se las ha hecho pasar al pobre Rastoil...

Guiñó el ojo izquierdo, lo que le era habitual cuando soltaba una chanza algo arriesgada. El Padre había bajado los párpados, esperando la continuación; después, como el otro se callara, los volvió a abrir y miró a la reunión de al lado que se instalaba bajo los árboles, alrededor de la mesa redonda.

Mouret prosiguió sus explicaciones.

—Estarán ahí hasta la hora de comer, tomando el fresco. Todos los martes es lo mismo... Ese Padre Surin tiene gran partido. Mírelo usted cómo se ríe con la señorita Aurelia. ¡Ah! El gran vicario no ha visto. ¿Eh, qué ojos? No me quiere gran cosa, porque tuve una disputa con un pa-

riente suyo... ¿Pero, dónde está el Padre Bourrette? ¿No le hemos visto, verdad? Es sorprendente. No falta ni un martes a casa del señor Rastoil. Debe de estar indispuerto... A ese le conoce usted... ¡Y qué buen señor! Un bendito de Dios.

Pero el Padre Faujas no le escuchaba ya. Su mirada se cruzaba a cada momento con la del Padre Fénil. No volvía la cabeza y con completa frialdad sostenía el examen del vicario. Se había apoyado mejor en la baranda, y los ojos parecían haberle crecido.

—Ahí está la juventud—continuó Mouret al ver llegar a tres jóvenes.—El mayor es el hijo de Rastoil; acaba de salir abogado. Los otros dos son los hijos del juez de paz, que van aún al colegio. Hombre, ¿por qué no han vuelto mis dos chicos?

En aquel momento, Octavio y Sergio se presentaron en la terraza. Se arrimaron a la baranda, dando bromas a Deseada, que acababa de sentarse junto a su madre. Los chicos, al ver a su padre en el segundo piso, bajaron la voz, riéndose con apagadas risas.

—Toda mi familia—dijo Mouret con complacencia.—Nosotros estamos siempre en casa, y no recibimos a nadie. Nuestro jardín es un paraíso cerrado, y desafío al diablo a que venga a tentarnos.

Al decir esto se reía, porque en el fondo continuaba divirtiéndose a costa del cura. Este había fijado lentamente la vista en el grupo que formaba, debajo mismo de la ventana, la familia de su casero. Detúvose en él un instante y examinó el viejo jardín con sus cuadrados de legumbres cercados de grandes bojes; después miró una vez

más las presuntuosas calles del señor Ratoil. Y como si hubiera querido levantar un plano de los lugares, pasó al jardín de la Subprefectura. Allí no había más que un gran cuadro de césped central, un alfombra de hierba de muelles ondulaciones; algunos arbustos de follaje perenne formaban grupos; altos castaños muy frondosos trocaban en parque aquel pedazo de terreno estrangulado entre las casas vecinas.

Entre tanto, el Padre Faujas miraba con afectación bajo los castaños. Y se decidió a decir entre dientes:

—Son muy alegres estos jardines... También hay gente en el de la izquierda.

Mouret levantó los ojos.

—Como todas las tardes—dijo tranquilamente.—Son los íntimos del señor Péqueur des Soulaies, nuestro subprefecto... En verano se reúnen también de noche, alrededor de la fuente que no puede usted ver, a la izquierda... ¡Ah! El señor Condamin está de regreso. Ese viejo guapo, conservado, de hermosa tez; es nuestro conservador de aguas y bosques, un buen mozo a quien se ve siempre a caballo, enguantado, con pantalón de punto... ¡Y más embustero! No es del país. Hace poco se ha casado con una mujer muy joven... En fin, eso no me concierne, felizmente.

Bajó de nuevo la cabeza, al oír a Deseada, que jugaba con Sergio y se reía con risa de chiquilla. Pero el Padre, cuyo rostro se coloreaba ligeramente, le dijo:

—¿Es el subprefecto aquel caballero de la corbata blanca?

Esta pregunta hizo muchísima gracia a Mouret.

—¡Oh, no!—respondió riendo.—Bien se ve que no conoce usted al señor Péqueur des Soulaies.

No tiene cuarenta años. Es alto, guapo, muy distinguido... Ese señor gordo es el doctor Porquier, el médico de la buena sociedad de Plassans. Un hombre feliz, puede usted asegurarlo. No tiene más pena que su hijo Guillermo... Ahora, mire usted las dos personas sentadas en el banco, y que nos vuelven la espalda. Son el señor Paloque, el juez, y su mujer. El matrimonio más feo del país. No se sabe cuál es más horrible, la mujer o el marido. Afortunadamente no tienen hijos.

Y Mouret se echó a reír más alto. Se enardecía, moviéndose y dando puñetazos en la baranda.

—No—continuó mostrando con doble movimiento de cabeza el jardín de los Rastoil y el de la subprefectura.—No puedo mirar esas dos sociedades sin reírme... Usted no se mete en política, señor cura; si no yo le haría reír de veras. Figúrese usted que, con razón o sin ella, paso por republicano. Corro mucho por los campos, por causa de mis negocios; soy amigo de los aldeanos; hasta se ha hablado de mí para el Consejo General; en fin, que mi nombre es conocido... Pues bien; a la derecha tengo a los Rastoil, la flor y nata de la legitimidad, y ahí, a la izquierda, en casa del subprefecto, a los prohombres del imperio. ¿No tiene gracia? Mi pobre jardín viejo tan tranquilo, mi rincón de felicidad entre esos dos campos enemigos... Siempre temo que se tiren piedras por encima de mis paredes... Figúrese que sus piedras cayeran en mi jardín...

Esta broma acabó de encantar a Mouret. Se acercó más al cura, con el aire de una comadre que va a charlar largo y tendido.

—Plassans es muy curioso, desde el punto de vista político. El golpe de Estado salió bien aquí,

porque la ciudad es conservadora. Pero antes que todo es legitimista y orleanista, tanto que, al día siguiente del imperio, quiso dictar sus condiciones. Como no lo escucharan, se incomodó y se pasó a la oposición. Sí, señor cura, a la oposición. El pasado año, nombramos diputado al marqués de Lagrifoul, un anciano gentilhomme de inteligencia mediocre, pero cuya elección fastidió a la subprefectura. Mire usted; ahí tiene usted al señor Péqueur des Saulaies; está con el señor Delangre, el alcalde.

El cura miró vivamente. El subprefecto, muy moreno, sonreía, con el bigote lleno de cosmético; era hombre de corrección irreprochable; su porte tenía algo de oficial guapo y de diplomático amable. A su lado, el alcalde se explicaba con fiere de ademanes y de palabras. Parecía pequeño, de cuadrados hombros, de rostro que tenía algo de polichinela. Debía hablar demasiado.

—Por poco se pone malo el señor Péqueur des Saulaies—continuó Mouret.—Creía segura la elección del candidato oficial... Yo me divertí la mar. La noche de la elección, el jardín de la subprefectura estuvo negro y siniestro como un cementerio; en casa de los Rastoil había luces bajo los árboles y risas y un gran alboroto de triunfo. En la calle no dejan traslucir nada; en los jardines, por el contrario, no se cohiben, y despotrican... ¡Oh! Yo asisto a cosas muy singulares, sin decir una palabra.

Se detuvo un instante, como si no quisiera hablar más; pero el prurito de hablar fué más fuerte.

—Ahora—prosiguió,—me pregunto qué van a hacer en la subprefectura. Su candidato no triunfará ya nunca más. No conocen el país, y además no tienen fuerzas bastantes... A mí me han ase-

gurado que el señor Péqueur des Saulaies hubiera alcanzado alguna prefectura, de haber salido bien las elecciones. ¡Ya, ya! Ya puede esperar sentado... Le tenemos de subprefecto para mucho tiempo... ¿Eh? ¿Qué inventarán para derribar al marqués? Porque inventarán algo, no me cabe duda, y de una manera o de otra, procurarán realizar la conquista de Plassans.

Había levantado los ojos hasta el rostro del cura, a quien no miraba desde hacía un rato. El ver el semblante atento del Padre Faujas, con los ojos relucientes y las orejas como ensanchadas, se detuvo de pronto. Despertóse toda su prudencia de burgués pacífico, y comprendió que acababa de decir demasiado. Esto le hizo murmurar con enojada voz:

—Al fin y al cabo, yo no sé nada. Se dicen por ahí tantas cosas ridículas... Yo solamente pido que me dejen vivir tranquilo en mi casa.

Bien hubiera querido separarse de la ventana, pero no se atrevía a marcharse bruscamente, después de haber charlado de un modo tan íntimo. Comenzaba a sospechar que, si uno de los dos se había burlado del otro, no era él ciertamente el que había llevado la mejor parte. El cura, con su gran calma, continuaba lanzando miradas a derecha e izquierda, y al centro, entre los dos jardines. No hizo la menor tentativa para animar a Mouret a que continuara. Este, que deseaba con impaciencia que su mujer o uno de sus hijos tuviese la buena idea de llamarle, se sintió aliviado cuando vió a Rosa presentarse en la escalinata. La criada levantó la cabeza.

—Bueno, señor—le gritó.—¿No quiere usted comer hoy?... Hace un cuarto de hora que la sopa está en la mesa.

—Bueno, Rosa, ya bajo—respondió Mouret.

Abandonó la ventana, pidiendo mil perdones. La frialdad de la habitación que había olvidado a su espalda, acabó de turbarle. Le pareció como un gran confesionario, con su terrible crucifijo negro, que debía haberlo oído todo.

Cuando el Padre Faujas se despidió de él haciéndole un breve saludo silencioso, no pudo Mouret soportar aquel brusco decaimiento de la conversación; por lo cual volvió, y levantando los ojos al techo:

—¿De modo—dijo,—que en ese rincón?

—¿El qué?—preguntó el cura muy sorprendido.

—La infiltración de que hemos hablado.

El cura no pudo ocultar una sonrisa. De nuevo se esforzó por hacer ver la mancha a Mouret.

—¡Oh! Ahora la veo muy bien—le dijo éste.—Estamos de acuerdo. Mañana mismo haré que vengan los albañiles.

Salió por fin. Aun estaba en el rellano cuando la puerta se cerraba tras él, sin ruido. El silencio de la escalera le irritó profundamente. Y bajó refunfuñando:

—¡El demonio del hombre! ¡No pregunta nada y se le dice todo!

V

Al día siguiente, la vieja madame Rougon, la madre de Marta, fué a visitar a los Mouret. Este era un gran acontecimiento, porque existía algo de tirantez entre el yerno y los padres de su esposa, sobre todo desde la elección del marqués de Legrifoul, a quien aquéllos le acusaban de haber hecho triunfar por su influencia en los campos. Su madre, "aquella negruca de Felicidad", como la llamaban, había llegado a los setenta años, con una delgadez y una vivacidad de muchacha. No llevaba más que trajes de seda, recargadísimos de volantes, y era aficionada sobre todo al amarillo y al marrón.

Aquel día, cuando se presentó en el comedor, estaban solos Marta y Mouret.

¡Toma!—dijo este último sorprendidísimo.—¡Es tu madre! ¿Qué nos querrá? No hace un mes que vino... Algún enredo nuevo, como si lo viera.

Los Rougon, de quien Mouret había sido dependiente antes de su casamiento, cuando la estrecha tienda del barrio viejo olía a quiebra, eran el tema de su eterna desconfianza. En cambio, ellos le pagaban con rencor sólido y profundo y sobre todo detestaban en él al comerciante que